

Ramón Díaz Perfecto

TARSICIO  
Y LOS LEONES

© 2023, Tarsicio y los leones

© 2023, Alexia Editorial, S. L.

Primera edición: noviembre de 2023

ISBN: 978-84-125526-4-5

Depósito Legal: M-29791-2023

Realización gráfica: Laura Morales Balza

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright.

A Jesús Sacramentado y a María, su Santísima Madre.



Es de biennacidos ser agradecidos, así que ahí va:  
gracias a Juan, por animarme; a Pedro, por leerme;  
a Javi, por enseñarme; y a mis padres, por todo eso  
y por mucho más.



## ME LLAMO TARSICIO

*Bienaventurados los que ahora lloráis,  
porque reiréis.*

—Lc 6,21

Me llamo Tarsicio. Sí, lo sé, suena raro, pero créeme: podría ser peor. Por ejemplo, mi profesor de gramática se llama Lucio Reburro, y cuando un alumno se equivoca en clase, el tío pega un berrido que parece un burro al que le tiran de la cola. Y si mi nombre te sigue pareciendo raro, más raro te parecerá el de mis primos, que se llaman todos según el orden en el que nacieron (Primus, Secundus, Tertius, Quartus y Quintus). Supongo que sus padres no tienen demasiada imaginación, pero lo que está claro es que, visto lo visto, Tarsicio no está tan mal.

En estos momentos, estoy a punto de irme al otro barrio. Perdona si mi historia comienza de una manera tan dramática, pero no es mi culpa que el loco de Mario *Caracaballo* haya traído a sus dos moles de guardaespaldas para darme la paliza de mi vida. Mario nunca me

ha resultado demasiado simpático, y supongo que yo a él tampoco le caigo rebién, pero esta vez, el tío se ha pasado tres aldeas.

Hasta hace unos días, mi vida era la vida típica de un chico de mi edad. Bueno, más o menos típica. En esta Roma Imperial en la que vivo, un cristiano nunca puede aspirar a una vida demasiado normal. Te descuidas un segundo y: *ave, Caesar, morituri te salutant!*, acabas en el Coliseo con los leones. Y no te creas que exagero: a mi tío Anacleto se lo zamparon nada más empezar la persecución del emperador Decio. Yo apenas había nacido por entonces, pero solo de pensarlo se me revuelven las entrañas. El viejo estaba un día tranquilamente leyendo en casa, cuando, de la nada, aparecieron unos legionarios, de esos con armaduras, pilums y águilas tatuadas en el brazo en plan macarras, y se lo llevaron a rastras. ¿La acusación? Que el bueno de Anacleto no quería quemar incienso a los dioses. El incienso son unos granitos amarillos que dan buen olor cuando los quemas. “¡Esos zánganos, bebedores y vividores del Olimpo, no se merecen ni los buenos días!”, dijo el viejo antes de que se lo llevaran. Y, según cuentan, antes de que los leones lo devoraran, se tomó la molestia de bendecir los alimentos por ellos. Vamos, que se bendijo a sí mismo el muy pirao. Y luego abrazó a uno de los leones diciendo que lo amaba



a pesar de ser su enemigo. Un verdadero valiente el Anacleto. Un valiente y un pirao.

Como ves, somos un poco bárbaros los romanos. En vez de obras de teatro y recitales de poesía, como les gustan a los griegos, aquí lo que triunfa son las carreras de cuadrigas y los duelos de gladiadores. A veces incluso inundan el Coliseo con agua y sacan barcos gigantescos, y los gladiadores representan batallas marítimas, y se disparan flechas unos a otros. ¡Menuda panda de tragapilums! Aunque ojo, hablo de los romanos en general, pero sobre todo me refiero a los paganos. Los cristianos siempre nos mantene-mos alejados de todo eso. Bueno, de todo eso, y de muchas otras cosas: tampoco ofrecemos sacrificios a los dioses, ni participamos en los actos de adoración al emperador, ni en los rituales mágicos, ni quemamos incienso en sus templos... Pero, salvo alguna que otra excepción, pienso que somos bastante normales.

Últimamente la cosa estaba bastante tranquila para nosotros, pero no te creas que siempre ha sido así. Cuando yo apenas había nacido, un emperador bastante tarado llamado Decio comenzó la persecución más brutal de la historia. Ahí fue cuando pillaron al bueno de Anacleto y a otros muchos amigos de mis padres. Clara y Servio, los padres de Primus, Secundus, Tertius, Cuartus y Quintus, por ejemplo, fueron crucificados por

aquel entonces. Luego, cuando yo tenía cinco años, el emperador Gallo (otro nombre raro que por aquí te dejo), volvió a incordiarnos por un tiempecillo. Pero gracias a Dios, Decio y Gallo murieron hace tiempo, y de momento el emperador actual, Valeriano, parece dispuesto a tolerarnos. Pero ya sabes, a estos tíos se les va la pinza en cualquier momento y comienzan a crucificarnos como si fuéramos cucarachas. Supongo que es lo que tiene considerarse una especie de dios en la tierra, adornadito de laureles y señoritas con palmas abanicándoles todo el santo día. Algo debe de haber en el vino que toman que, al cabo de unos años de mandato, se les cruza un acueducto y entran en modo psicópata-matacristianos.

Así que, sin legionarios tatuados a la vista ni edictos de persecución en vigor, lo único por lo que me tengo que preocupar son las bromas pesadas de Mario.

Mario, el amigo no tan amigo del que te hablaba hace un rato, es uno de mis doce compañeros de clase. Su padre es sacerdote de Ceres y aspira a un puesto en el Senado. Mario se lo tiene muy creído, y no deja de recordármelo cada vez que me ve. Cuando su padre sea senador, lo primero que hará será presionar al feo de Valeriano para que promulgue un nuevo edicto de persecución. Mira, yo entiendo que el tío odie a los cristianos, pero bastaría con que me lo recordara una

vez al mes para no olvidarme. O incluso una vez a la semana, de acuerdo, ¡pero no todas las horas del día!

Por suerte, Mario no es mi único compañero de clase. Mis mejores amigos son Cornelio y Lucía. A Cornelio todos le llamamos Tonelete, por el tamaño de su pandero. El tío tiene más autoestima que una estatua de Julio César, así que se lo toma con bastante humor. Tonelete es pagano, pero a diferencia del tamaño de su pandero, eso sí tiene solución. Últimamente hemos hablado mucho del tema, y se está pensando lo de convertirse.

A diferencia de Cornelio (es decir, Tonelete), Lucía sí es cristiana. Además, es bastante guapa. Su padre es rico, y tiene una casa muy grande donde solíamos celebrar la misa dominical. Digo *solíamos* porque hace un par de días un escuadrón de legionarios irrumpió como una estampida de elefantes y casi nos mandan al Coliseo a todos los que estábamos allí reunidos. Pero no adelantemos acontecimientos. Creo que lo mejor será si dejas de aplastarte con miles de datos sobre mi vida, y empezamos de verdad.



## **COMIENZA MI HISTORIA, PERO AHORA SÍ QUE SÍ**

Mario, el hijo del sacerdote de Ceres, tiene cara de caballo. No lo pienso solo porque me cae mal. Es que es absolutamente cierto. No de un caballo majestuoso, de esos que montan los generales cuando regresan victoriosos de sus campañas y cruzan un arco de triunfo mientras la gente tira pétalos por delante. No. El caballo al que se parece Mario es uno de esos bichos flacos, desdentados y cubiertos de moscas, que encuentras repanchingados en los prados sin fuerzas para mover la cola. Perdón. Me estoy pasando un poco. En realidad, lo que quiero decir es que Mario tiene una cabeza bastante larga. Sé que Dios le ama a pesar de ello, y que no está bien hablar mal de un compañero de clase, pero hace unos meses, cuando esta historia comienza, yo no lo tenía tan claro. Ahora, con el tiempo, me doy cuenta de que no estoy orgulloso de muchas

de las cosas que hice. Pero son parte de mi historia, así que no puedo dejar de contarlas.

Nuestra enemistad comenzó un día en clase de gramática, con el maestro Reburro. No es que antes de ese momento nos hubiéramos llevado requete-bién. Lo que quiero decir es que, a partir de entonces, el desprecio que comenzamos a sentir el uno por el otro se volvió verdaderamente problemático. El profe preguntó que quién era nuestro héroe favorito de la historia de Roma, y Mario, el muy cafre, dijo que Nerón, porque había mandado crucificar a miles de cristianos. Como ves, la caridad no es el punto fuerte del chaval. Por ser el hijo del sacerdote de Ceres, el profe se quedó ahí pasmado sin decir nada, y varios compañeros de clase comenzaron a reírse por lo bajito. Total, que yo me sentí en la necesidad de decir algo para salvaguardar mi honor. Me imaginé la cara de mi madre, levantando un dedo y frunciendo el ceño, como hace siempre que va a regañarme, y diciéndome: "Tarsicio, aprende a perdonar y a poner la otra mejilla". Me gustaría decir que eso fue lo que hice, pero lo cierto es que levanté la mano y dije que mi héroe favorito era Mario, por atreverse a salir a la calle cada día a pesar del cabezón de caballo que tenía. Mi declaración de guerra estaba sobre la mesa. No es el hachazo más ocurrente de la historia, pero fue lo único que se me

ocurrió en esos momentos. Y, te lo creas o no, fue todo un éxito. A Tonelete casi se lo tuvieron que llevar al hospital porque apenas podía respirar de la risa, y, en general, toda la clase se desternilló por unos buenos treinta segundos.

Supongo que el éxito no dependió tanto de mi ingenio como de las ganas que todos en clase le teníamos a Mario. El tipo no daba pie con bola, pero todos los profesores le ponían buenas notas porque su padre pronto sería senador, y *nadie* quería ganarse un enemigo en el senado. Yo, la verdad, no entiendo ni para qué iba a la escuela; total, con el dinero que ganaba su padre seguro que podía haberse pagado un pedagogo privado y listos. Aunque claro, ¿para qué iba su padre a malgastar dinero en un pedagogo si su hijo era un zopenco?

Al escuchar mi respuesta, el muy mascadracmas se levantó y se me encaró, pegando su frente contra la mía. No soy de esos chicos a los que les gusta pelear, pero tampoco soy un cobarde. Mi padre es un veterano de la Legión, y mi tío Cuadrato ha combatido en cada rincón del Imperio, así que la sangre de los soldados corre por mis venas. En vez de achantarme o sentarme, me quedé inmóvil, sin apartarle la mirada por un buen rato. Finalmente, tuvo que venir el maestro Reburro a separarnos:

–Les recuerdo, jóvenes, que este es su último año en la Escuela de Gramática –comenzó a explicar, con ese tono aleccionador que usaba cuando alguien había hecho algo mal–. Se cierra una etapa muy importante en su formación. Es el momento en el que dejan de ser niños, para convertirse en adultos. –Aquí, Reburro hizo una pausa dramática para generar un poco de expectación–. Para otorgar a dicho momento la importancia que se merece, cada septiembre, la ciudad de Roma organiza para ustedes las Olimpiadas Juveniles de Júpiter.

Al escuchar eso, crucé una mirada de excitación con Tonelete. Las Olimpiadas de Júpiter eran *el evento*. En ellas participaban alumnos de todas las escuelas de Roma, y el vencedor recibía mil denarios y un paseo en carro por las calles de la ciudad, con petalitos de rosa incluidos. El maestro carraspeó para reconducir la atención hacia sí:

–Pero, como saben también, cada escuela solo puede enviar *un* estudiante: el mejor. El maestro de educación física, el señor Brazón, organizará las pruebas de evaluación. Aquel de ustedes que obtenga la mejor nota en su asignatura, tendrá el honor de representar a nuestro colegio en las Olimpiadas. Y creo que no hace falta que les recuerde que pelearse con otros alumnos no les ayudará a ganarse el puesto.



Refunfuñé por lo bajini y me crucé de brazos. Todavía quedaban cinco meses para las Olimpiadas. ¡Era imposible que en todo ese tiempo no me fuera a pelear con Mario! Y si lo hacía, perdería mi oportunidad de demostrar a esos paganos que también un cristiano era capaz de ganar sus estúpidos juegos. Sacudí la cabeza. Lo único que se me pedía era morderme la lengua por un tiempo: no podía ser muy difícil.

Ese mediodía, después de las clases, caminaba de vuelta a casa por la Vía Apia con Lucía y Tonelete. El sol iluminaba las copas de los pinos marinos, y soplaba una agradable brisa con olor a resina.

—¿Por qué estás tan callada, Lucía? —pregunté, al cabo de unos minutos de incómodo silencio, solo interrumpido por los balidos procedentes de los rebaños con que nos íbamos cruzando.

Lucía no contestó, así que intenté empezar una conversación con Tonelete. Traté de imitar lo mejor que pude el relinchar de un caballo y los dos empezamos a partirnos de risa.

—Yo que tú, andaría con cuidado —dijo Tonelete—, nunca había visto a Mario tan enfadado. Si sigues así, Craso y Dulio te lo van a hacer pasar mal.

Craso y Dulio eran dos morlacos de nuestra clase. Los dos habían repetido varias veces. Iban siempre detrás de Mario, como dos perritos falderos, y entre

los dos no sumaban ni el tamaño de un cerebro humano normal. Eran algo así como sus guardaespaldas, y otro de los motivos por los que pocos se atrevían a responder a Mario.

–Bah, aunque mañana me den una buena torta, habrá valido la pena. ¿Te fijaste en la cara de Reburro? Creo que se estaba aguantando la risa. ¡Incluso el profe le tenía ganas a *Caracaballo!*

De pronto, sin previo aviso, Lucía aceleró el paso.

–¿Lucía? –pregunté, sorprendido.

Pero ni siquiera se dio la vuelta, y pronto se perdió detrás de una loma.

–¿Qué crees que le ha podido pasar? –pregunté, volviéndome a Tonelete.

Mi amigo se encogió de hombros y seguimos caminando un rato sin decir nada.

–No hay quien entienda a las chicas –comencé, para romper el hielo.

–Tal vez esté molesta por lo que le has dicho a Mario.

–¿Molesta? ¿Por qué habría de estar molesta? –pregunté, indignado—. Si ella también es cristiana. Seguro que lo que le ha molestado ha sido el chiste de Nerón.

–Tranqui, tranqui, no sé por qué te alteras tanto –dijo Tonelete, poniéndome una mano sobre el hombro. Siempre hablaba con una voz demasiado grave para su edad—. Mira, Tarsi (por cierto, así me llaman

mis amigos para paliar un poco la rareza de mi nombre), mi campo de destreza es la cocina, no las chicas, así que no estoy nada seguro de lo que voy a decir: en mi opinión, su enfado tiene que ver con tu modo de tratar a Mario. –De repente, Tonelete se paró en seco y comenzaron a hincharse los caños de la nariz—. Pero bueno, ¿qué es ese olor que deleita a mis narices?

Estábamos pasando cerca de un puesto de pescado frito, donde una vieja vendía sardinas a dos ases el par. Sin pensarlo dos veces, Tonelete desenfundó su saquito y pidió cuatro. La vieja sonrió y se las sirvió envueltas en una hoja seca. Mi estómago comenzó a rugir como uno de los leones del coliseo. Mi madre tendría preparada una comida exquisita, pero todavía quedaba una media hora de camino hasta casa.

Tonelete continuó su explicación como si nada hubiera pasado, mientras yo miraba cómo iba devorando las sardinas fritas sin ni siquiera ofrecerme un pedacito.

–Como te iba diciendo, tú sabes bien que soy un simple pagano. Pero, gracias a ti, ahora entiendo algunas cosas sobre vuestra religión. No muchas, cierto, pero algunas. Y mi teoría es la siguiente –el muy gordo comenzó a chuparse el aceite de los dedos; yo no sabía por qué enfadarme más, si por la reacción de Lucía, o por la caradura de Tonelete—. Mi teoría es que,

si Lucía es una buena cristiana, no le ha podido hacer ninguna gracia que humilles a un compañero delante de toda la clase. Te has portado como un canalla y mañana deberías pedirle perdón a Mario.

Casi me atraganté. Pienso que Tonelete es una de las tres o cuatro personas más sabias de la tierra, junto con mi madre y un tal Orígenes, a quien no conozco de nada, pero todos dicen que es súper sabio. No digo inteligentes, porque el pobre en matemáticas no sabe hacer la o con un canuto. No. Tonelete es sabio porque entiende de qué va la vida. Y, a veces, cuando da un buen consejo, o te hace una reprimenda, pues cuesta aceptarla, porque normalmente da en el clavo.

—Pues no pienso perdonar a ese hijo de Hades —respondí, furioso—. ¡Ya has oído lo que ha dicho sobre los cristianos!

Tonelete se encogió de hombros y se llevó una mano al estómago:

—Ya, ya, lo que tú digas. Espero que tu madre haya preparado una buena cena, ¡me estoy muriendo de hambre!

Suspiré profundamente. Así es Tonelete. El tipo lanza la piedra, esconde la mano, y luego va y se auto-invita a comer con la frialdad de un sociópata. Pero no podía decirle que no. Además, estaba seguro de que mi madre había preparado comida también para él.



Mi casa no es gran cosa. Vivo con mis padres y mis tres hermanitos en una ínsula al norte de la ciudad. Para que te hagas una idea, una ínsula es un bloque de varios apartamentos bastante cutres, habitados cada uno por una familia diferente. Por “cutres” me refiero a que no tienen agua corriente, y a que bajamos los desechos en cubos para que no huela demasiado mal. Lo bueno es que está en una zona bastante tranquila, y donde no hay apenas delincuencia.

Tonelete vive en el primer piso de nuestra ínsula, y por eso somos tan amigos. Lucía, cuyo padre es más rico que los nuestros, vive en una casita de la zona, donde, como ya te he dicho, solíamos reunirnos para la misa de los domingos. Nos conocemos desde que éramos tres bebés calvos y amorfos, y hemos pasado más tiempo juntos que la uña y la mugre.

Los padres de Tonelete, que están tan gordos como él, tienen un negocio de joyas cerca del Foro, y por eso nunca están en casa al mediodía. Desde que nació, Tonelete tiene clarísimo que él también será joyero. Le encantan las piedras preciosas y siempre tiene los dedos cubiertos de anillos, como si fuera el embajador del rey de Persia.

Llegamos a mi apartamento. Al otro lado de la puerta se escuchaban los gritos de mis tres hermanos

pequeños. Se pasan todo el día riendo, pero los vecinos ya están acostumbrados. Antes de cruzar el umbral miré fijamente a Tonelete y le susurré:

–Ni se te ocurra mencionar una palabra sobre lo ocurrido con Mario. Si mi madre se entera de que nos hemos peleado, me mata.

Tonelete me miró con cara de tranquilidad máxima y asintió.

–¡He llegado! –saludé al entrar en casa.

Como de costumbre, nadie me hizo ni caso. De repente, tuve que agacharme para esquivar una sandalia que salió volando por los aires, y luego me aparté del camino de mi hermano Lucas, que se me puso detrás y me agarró por la túnica:

–¡Ayúdame! ¡Pablo se ha vuelto loco!

De la nada, apareció mi otro hermano, Pablo, el gemelo de Lucas, con un cuchillo en la mano.

–¡Deja eso, idiota! –grité a Pablo, en cuya mano temblaba el cuchillo.

–¡Lucas me ha robado mi soldado de madera! –se quejó.

–¡No es verdad! ¡El muy caracíclope lo ha perdido y ahora dice que he sido yo!

En ese momento llegó mi madre, con mi hermano Pedrito en brazos.

–¿Alguien ha visto el gorro de Pedrito? –preguntó, sin inmutarse siquiera al ver a mi hermano Pablo con

un cuchillo en la mano—, ah, hola, Cornelio, ¿te quedas a comer? Tenemos sopa de cebolla y huevos fritos.

—¿Cómo no?! —exclamó Tonelete—. ¡Siempre he pensado que tu sopa de cebolla es la mejor de toda la Lazio!

Agarré a Pablo por la muñeca y lo desarmé sin dificultad. Al cabo de cinco minutos, estábamos todos sentados alrededor de la mesa. Todos, menos Tiberio, mi padre, a quien le falta una pierna y siempre es el último en sentarse. La perdió durante sus años en la Legión, pero nunca habla de ello. Ahora el gobierno le concede una pequeña pensión gracias a la cual sobrevive mi familia, y, además, yo puedo ir a una escuela bastante buena sin tener que pagar.

—Buenas tardes, Cornelio, bienvenido a mi casa —dijo mi padre al ver a Tonelete.

Dejó la muleta en una esquina y se acercó saltando a la pata coja hasta sentarse en un extremo de la mesa. A base de usar muletas, ha hecho brazo, así que está fuerte el tío. Mi padre es bastante serio, pero no llega al nivel de seriedad del pater familias típico de Roma. Por ejemplo, un padre de familia normal habría tirado a Pedrito a un contenedor nada más nacer, o se lo habría regalado a un esclavo. Suena fuerte, pero es que los paganos tienen la costumbre de abandonar a la intemperie a los niños enfermos, y el pobre Pedrito tiene tos desde el día en que nació.

–Buenas tardes, señor Tiberio –respondió Tonelete.

Así como con mi madre se toma todas las confianzas del mundo, la figura de mi padre le sigue imponiendo un poco. Debe de ser la pata que le falta, o tal vez alguna de las numerosas cicatrices que surcan sus brazos.

Mi padre agarró la cuchara, listo para empezar, pero mi madre le dirigió una mirada fulminante y se detuvo en seco. Mis hermanos guardaron silencio por unos segundos mientras mi padre bendecía los alimentos. Al acabar, como de costumbre, rezamos un padrenuestro por la conversión del tío Cuadrato. Solemos hacerlo antes de cada comida. Creo que ya hemos podido rezar un millón doscientos setenta y cuatro mil padrenuestros por él, pero el tío sigue siendo más ateo que una piedra. Concluidas las oraciones, nos lanzamos al ataque.

–¡Ni los cocineros del emperador pueden competir con tus artificios, Claudia! –exclamó Tonelete después de gustar la primera cucharada.

El tío tiene una capacidad para meterse a la gente en el bolsillo que no es normal.

–Muchas gracias, Cornelio, me alegro de que te guste –respondió mi madre con una sonrisa, mientras metía una cuchara llena de sopa en la boca de Pedrito.

Por cierto, no me preguntes por qué en mi familia todos tienen nombres normales menos yo.



De repente, como quien no quiere la cosa, Lucas levantó la cabeza de su plato, y, sin atreverse a cruzar su mirada con la mía, dijo:

–¡Hoy Tarsicio se ha peleado con Mario!

Sentí que se me formaba un nudo en el estómago. ¿Cómo había podido enterarse ese mequetrefe?

–Si tú ni siquiera vas a la escuela –comenté como de pasada, aparentando toda la tranquilidad de que fui capaz–. ¿Quién te ha dicho eso?

–Me lo ha dicho tu novia.

En ese momento, Tonelete decidió convertirse en un Vesubio en erupción y estornudar toda la sopa que tenía en la boca. El muy traidor estaba matándose de la risa. Yo apreté los puños y miré a mi hermano con odio:

–¡Lucía no es mi novia!

Pablo decidió entrar en la conversación:

–¿Y cómo sabes que se estaba refiriendo a Lucía, si no es tu novia?

Acabados los recursos pacíficos para defender mi honor, me vi obligado a recurrir a la violencia: le propiné una patada por debajo de la mesa.

–Mamá, ¡Tarsicio me ha pegado una patada! –se quejó, sin ni siquiera disimular la sonrisa de sus labios.

Me giré hacia mi madre, que ya había empezado a fruncir el ceño y levantaba el índice derecho en actitud de amenaza. Se avecinaba tormenta:

–Tarsicio, cuéntame qué ha pasado.

–Señora Claudia –intervino Tonelete, que poco a poco empezaba a recuperarse del estornudo–, permítame alegar en favor de su hijo...

La intención de Tonelete no era mala, pero mi madre ya había adoptado la formación de falange macedonia y no había quien la parara. Al mismo Tonelete se le fueron deshaciendo las palabras en la garganta antes de salir.

–Tarsicio, te ordeno que me cuentes qué ha pasado con Mario.

Por fortuna, mi padre decidió acudir en mi defensa.

–Déjale, mujer, es solo un chico. Se habrá peleado con ese niño pagano que siempre está molestándole. Tampoco es que sea el fin del mundo.

Por desgracia, contra la furia de mi madre toda defensa era vana. Siguió mirándome en actitud amenazante hasta que me rendí y confesé todo lo que había sucedido ese día en la escuela.

Mi madre no suele castigarme. Es de esas personas idealistas que piensa que con un discursito los niños aprendemos la lección. Hombre, algo de razón tiene, y no seré yo el que se queje. Además, con solo mirarle a la cara cuando se enfada ya tengo suficiente penitencia por mis pecados.

–Tarsicio, tu comportamiento de hoy no es digno de un cristiano –empezó a decir con el dedo levanta-

do, tal cual me la había imaginado en mi visión, justo antes de responder a la provocación de Mario—. Has dado mal ejemplo a tu amigo Cornelio y has faltado a la caridad con tu compañero. Un cristiano debe estar dispuesto a sufrir. No olvides que no es más fuerte el que responde a todas las provocaciones, sino el que es capaz de resistirlas en silencio...

Se me ocurrió decir que Mario fue el que había empezado, y que lo único que hice fue defender el honor de los cristianos, pero no fui tan estúpido como para arriesgar una muerte súbita a manos de mi propia madre. Me mordí la lengua y dije que sí a todo. Entre otras cosas, porque sabía que tenía razón y estaba de acuerdo con ella.

—...y no te permito participar en las Olimpiadas de Júpiter.

Eso sí que fue demasiado.

—¡Pero mamá! ¡Llevo toda la Gramática esperando este momento!

—No te pasearás por la ciudad disfrazado de semidiós del Olimpo montado en un carro, ni quemarás incienso al emperador para celebrar tu victoria.

—¡Ni que tuviera pensado hacerlo! Mi plan era quedarme con el dinero y ceder mi puesto en el carro a uno de mis compañeros de clase —cosa que era absolutamente cierta.

–Que te crees tú que te permitirán hacer eso.

–Bah, seguro que a ese meacueductos de Valeriano no le importa un comino quién sea el que embadurne de incienso sus narices.

De pronto, mi padre dio un puñetazo sobre la mesa. Hasta entonces, había escuchado el discurso pasivamente mientras sorbía sus cucharadas de sopa, pero ahora me miraba fijamente a los ojos.

–Ni se te ocurra hablar así otra vez del emperador.

Como ya te he explicado, mi padre es un veterano de la Legión, y todo lo que sea faltar al respeto a la potestad lo lleva muy a pecho. Bajé la cabeza humildemente.

–Perdón, padre. Lo que quiero decir es que la participación en el desfile es absolutamente opcional, ¡y lo del incienso ya ni siquiera se hace! Piénsalo bien, madre, ¡son mil denarios! ¡Podríamos vivir en una domus normal, como Lucía, y podríamos pagar la escuela para todos los hermanos, y un médico decente para Pedrito!

Pero mi madre no estaba dispuesta a ceder.

–¡Ni hablar! –exclamó.

Yo estaba furioso, así que hice lo que el típico adolescente habría hecho en esas circunstancias. No me culpes a mí, es lo que tiene estar en la edad del pavo. El caso es que tiré mi cuchara de sopa contra la pared y salí de casa dando un portazo.

Me fui directo al lugar al que solía ir cuando quería estar solo: el lago de las ranas monstruo. No es el nombre oficial. De hecho, solamente Tonelete y yo lo llamamos así. Es un lago que, en verano, se llena de unas ranas horribles que hacen ruidos como de monstruos endemoniados con dolor de barriga. Son bastante insoportables, pero nos gusta cazarlas en las noches de luna llena.

Para tranquilizarme un poco, agarré un palo y me puse a afilarlo como si fuera una lanza. Mi padre me enseñó algunas técnicas de la Legión, y con el tiempo he adquirido bastante práctica. Ahora hago unas jabalinas con las que puedo atravesar un pato a treinta metros.

Poco a poco, fui sosegándome. El sol de mayo brillaba en lo alto, derramando unos destellos cristalinos sobre la superficie del agua. Había un agradable aroma a pino en el aire, y una brisa movía suavemente las copas más altas, cuando de repente... escuché el eructo más asqueroso que he escuchado en toda mi vida. Levanté la cabeza y me topé con Tonelete. ¡El muy guarro se lo había tirado y se había quedado tan ancho!

—¿Has escuchado a esa rana monstruo?! —preguntó señalando el lago, tratando de disimular.

—Todavía hace demasiado frío para que salgan las ranas.

—Ya, bueno. Entonces no sé qué ha podido ser.

Se sentó a mi lado con los pies metidos en el agua, y nos quedamos mirando el lago por un rato.

—¿Habías pensado en dejarme tu puesto en el carro?  
Asentí.

—Aunque físicamente no nos parecemos mucho, la verdad. No creo que el cambiazco hubiera colado.

Me puse en pie y comprobé que la jabalina estuviera bien equilibrada. Acababa de ver una pata nadando en el lago y quería probar mi puntería.

—Si te negaras a quemar incienso al emperador, acabarías en el Coliseo.

—Bah, no se atreverían a echar un niño a los leones. Además, ahora el tema de las persecuciones está bastante tranquilo.

—Sois muy valientes. Los cristianos, quiero decir. A mi madre tampoco le gusta quemar incienso al emperador, pero tienen miedo de lo que podría pasar si no lo hiciera.

—Eso es porque no tenéis fe. Si supierais lo que os aguarda al otro lado de la muerte, no tendríais tanto miedo.

—¿Al otro lado de la muerte?

Le miré como si estuviera hablando de la cosa más evidente del mundo:

—Nosotros los cristianos sabemos que la vida no es más que una preparación para lo que viene luego. Es

el aperitivo del banquete. El aperitivo está bien, pero lo que cuenta es el bistec. Por eso no tenemos miedo al emperador ni a sus soldados. Lo único que pueden hacer, es acortar el tiempo del aperitivo.

Una experiencia que he adquirido con el tiempo es que, para que Tonelete me entienda cuando hablo de cosas de religión, lo mejor es utilizar metáforas relacionadas con la comida. Apenas había mencionado la palabra bistec, se le empezó a hacer la boca agua.

–Si algún día acabo en el circo, como el tío Anacleto, abrazaré al león y le diré a la oreja: “Te perdono, enemigo mío, porque no sabes lo que haces. Ahora puedes comerme tranquilo”. La gente lo que quiere es ver al cristiano gritar por su vida, lloriquear. Pero yo no les daré ese gusto. Yo levantaré los brazos y daré gracias a Dios, porque ya faltará poco para reunirme con él.

En esos momentos, Tonelete me miraba con cara de “hace tiempo que has dejado de usar metáforas gastronómicas y me estoy perdiendo un poco”.

–No voy a participar en esos juegos –continué—. Mis padres tienen razón. Y es imposible que me den el dinero si me niego a quemar incienso al emperador, así que ¿para qué?

Calculé la distancia a la que se encontraba la pata y la dirección en la que nadaba. Estaba ya en posición de disparo, cuando vi que detrás de ella venían cuatro

patitos. Siempre he sido un poco bruto, pero no soy un psicópata. Así que me contenté con lanzar la jabalina hasta la otra orilla, clavándola entre las piedras. Debían de ser unos cuarenta metros.

–Hay una cosa que no entiendo, Tarsi.

Levanté una ceja y me volví hacia mi compañero.

–Dices que, si algún día acabas en el circo, abrazarás al león antes de que te devore. Y sin embargo, no eres capaz de pedir perdón a Mario.

–¡Menudo predicador estás hecho! –respondí, tratando de que no se notara que había echado sal en la herida–. ¡Ten cuidado o te vas a convertir en el nuevo obispo de Roma!

Tonelete se llevó las dos manos a la barriga y dio unas palmadas como si fuera un tambor.

–Para ser obispo, la tripa ya la tengo. Ahora solo necesito bautizarme –respondió. Y nos reímos juntos.

–Muchas gracias por venir, Tonelete.